

Discurso político y coyuntura

Régine Robin¹ *

RESUMEN: El problema de lo extralingüístico y su relación con el discurso no está planteado todavía en el marco de una lingüística del discurso o, simplemente, está planteado en términos que impiden, para nosotros, un verdadero acercamiento al problema. Trataré la problemática de la sociolingüística del discurso y, mientras muestro su aportación, procuraré discutir sus postulados. Presentaré algunas de las propuestas de Michel Pêcheux y de Paul Henry para mostrar que la relación entre el discurso político y la coyuntura no puede ser inmediata, que hay que hacer un rodeo y tomar en cuenta algunos conceptos para pensarla (formación discursiva, formación ideológica, temporalidad específica, aparatos hegemónicos). Agregaré que esta coyuntura no se percibe al nivel del discurso más que por una serie de efectos: efecto de lo real y efecto de identificación, en función de una base léxica, ella sí ligada directamente a la coyuntura. Efectos que a nivel del discurso son equivalentes a los procesos de desconocimiento-reconocimiento que definen las funciones de la ideología en general. En fin, no hay que buscar las huellas o el impacto de la coyuntura en las covariaciones entre lo social y lo discursivo, sino en el efecto producido en el seno de un aparato hegemónico que tiene su propia dimensión histórica y

¹ Este artículo fue originalmente publicado, en 1976, en la compilación de Pierre Léon y Henri Miterrand, *L'analyse du discours*, editada por el Centre Educatif et Culturel (Canadá). Esta versión fue traducida para *Revista Ensembles* por Carmen Villanueva Ávila y revisado por Julieta Haidar y Raúl González Tejeda.

que, por consiguiente, no puede reflejar de manera transparente las relaciones de fuerza coyunturales. Como cualquier otro discurso, para comprender el discurso político los conceptos del psicoanálisis son indispensables.

Tema delicado, prematuro, que puede incomodar tanto a los historiadores como a los lingüistas. Tema externo a una disciplina universitaria que me parece, sin embargo, llegar a tiempo de tan eludida o mal planteada que está la puesta en relación del discurso con las formaciones sociales concretas, en las cuales funciona.

Para los historiadores, el problema es sencillo. El discurso no es un objeto de estudio *per se*. Lo que se busca a través del discurso es inmediatamente el referente. El discurso no es más que el medio privilegiado para alcanzar el referente, no tiene dimensión propia ni materialidad. Sin embargo, como los historiadores trabajan mucho a partir de los textos, ellos adoptan inconscientemente una concepción del lenguaje que es del orden de la transparencia y de la evidencia del sentido. Existe para ellos una verdadera “providencia prediscursiva” (Foucault, 1971, p. 55). Las palabras traducen ideas que ya están ahí, y la metaforicidad no es más que un ornamento estilístico. Barthes analiza muy bien el tratamiento que hacen ellos del lenguaje.

El discurso histórico supone una doble operación, muy retorcida. Primero, (esta descomposición es obviamente metafórica) el referente se desprende del discurso, se vuelve externo a él, como fundador, y se supone que lo rige; es el tiempo de las *res gestae* y el discurso se da simplemente por historia *rerum gestarum*, pero en un segundo tiempo, es el significado mismo el que está rechazado, confundido en el referente; el referente entra en relación directa con el significante y el discurso encargado solamente de expresar lo real, cree prescindir del término fundamental de las estructuras imaginarias que es el significado. Como cualquier discurso con pretensión realista, el de la historia reconoce solo un esquema semántico con dos términos, el referente y el significante; la

confusión ilusoria del referente y del significado define, como sabemos, los discursos auto-referenciales (*sui-referenciales*), tal como el discurso performativo; se puede decir que el discurso histórico es un discurso performativo truncado, en el cual lo constatativo (lo descriptivo) aparente no es más que el significante del acto de habla como autoridad. (Barthes, 1967: 73-74).

Por otro lado, el significante mismo sufre un extraño tratamiento porque el lenguaje no es nunca considerado en su materialidad. De ahí la confusión entre “formación ideológica” y “formación discursiva” y la tendencia a ver en el discurso solo su función social, sin buscar analizar su funcionamiento signifiante, el cual está ligado con la eficacia ideológica. En pocas palabras, el discurso no es todavía (aun en su dimensión diacrónica) objeto de la historia como disciplina constituida. El problema de la relación entre discurso político y coyuntura se encuentra en este hecho eludido. Ciertamente, en la práctica universitaria de la explicación de textos, se insistirá primero sobre lo que llaman muy vagamente “el contexto histórico”, pero una vez planteado este contexto, se explicará el texto sin que la especificidad del efecto de coyuntura en el texto cause un problema. Para el historiador, el discurso no existe.

Malestar también por parte de los lingüistas. No me refiero a los especialistas de la lengua, a aquellos que tienen como objeto el estudio de la lengua como sistema de reglas independientemente del locutor. Estos, después de Saussure, relegaron el habla sobre orillas lejanas e inaccesibles para siempre. Sin embargo, después de varios años de euforia panlingüística, nos percatamos, como lo señala Julia Kristeva, que “el psicoanálisis vuelve imposible el hábito comúnmente aceptado por la lingüística actual de considerar el lenguaje fuera de su realización en el discurso, es decir, olvidando que el lenguaje no existe fuera del discurso de un sujeto, o considerando este sujeto como implícito, igual a él mismo, unidad fija que coincide con su discurso” (Kristeva, 1969, pp. 263-264). Esto, viéndolo desde la perspectiva de Freud, pero podríamos también afirmar que el materialismo histórico hace imposible considerar el lenguaje fuera de su inscripción en prácticas discursivas realizadas en “aparatos hegemónicos”. Mi propósito no es aquí recordar la importancia de la obra de Benveniste y de Jakobson, ni de todos los intentos por conformar una

lingüística del discurso, de la cual seguramente nadie puede prescindir. Todos sabemos la importancia de los análisis enunciativos así como, en otro nivel, de la investigación del implícito en el discurso, o de la argumentación, de la estrategia discursiva. La importancia del análisis de las redes connotativas en un texto o de la lógica del significante. Investigaciones cruciales en el sendero de las cuales me inscribo plenamente. Quisiera solamente plantear algunas preguntas sin por ello tener la pretensión de resolverlas. ¿No acostumbramos pensar el discurso como la relación entre un locutor y un destinatario en el esquema de la comunicación, como relación intersubjetiva sin percibir que, antes que todo, estamos tratando primero con prácticas sociales regidas, codificadas, institucionalizadas y cuya subversión de los códigos y reglas no se hacen sin afectar el orden social?

M. Foucault (1971) en *El orden del discurso* insiste en la ritualización del habla:

El deseo dice: “no querría tener que entrar en este orden azaroso del discurso; no querría tener relación con cuanto hay en él de tajante y decisivo; querría que me rodeara como una transparencia apacible, profunda, indefinidamente abierta, en la otros respondieran a mi espera, y de la que brotaran las verdades, una a una; yo no tendría más que dejarme arrastrar, en él y por él, como algo abandonado, flotante y dichoso”. Y la institución responde: “no hay por qué tener miedo de empezar; todos estamos aquí para mostrarte que el discurso está en el orden de las leyes; que desde hace mucho tiempo se vela por su aparición; que se le ha preparado un lugar que le honra pero que le desarma; y que, si consigue algún poder, es de nosotros y únicamente de nosotros de quien lo obtiene” (p. 9).

Si el discurso no existe más que como práctica social institucionalizada, codificada, ¿cómo abordar estas prácticas en el momento en que buscamos salir del esquema de la comunicación? ¿Con qué conceptos y con qué métodos? La primera tentación que llega a la mente es la búsqueda de un punto de origen, de una causalidad lineal. En un reciente trabajo, un investigador yuxtapone un análisis de orden demográfico sobre la forma en que moría realmente la gente en Anjou bajo el Antiguo Régimen y una

investigación referente a la visión de la muerte en la misma región². Mientras que la muerte real no varía, que uno se muere por las mismas razones a través de todo el Antiguo Régimen, la muerte vivida y el discurso hecho sobre la muerte se modifican. El autor constata este desfase sin poder explicarlo. Pero el haber yuxtapuesto el hecho demográfico y el hecho ideológico y cultural muestra que, en un principio, al nivel implícito, él se situaba en una problemática relativamente sencilla de la causalidad. Otra tentación, la de la sociolingüística del discurso. La sociolingüística del discurso³ tiene como base el concepto de covariación, de variación conjunta o no conjunta entre el universo social y el universo discursivo. Para que el análisis sea válido tiene que ser contrastivo. Ciertamente, la escuela francesa de sociolingüística del discurso insistió sobre las disyunciones, los desfases, las complejidades de todo tipo que unen el discurso y la formación social, pero, a pesar del interés de estos trabajos, la sociolingüística del discurso no alcanza su objeto. Ella describe dos universos paralelos en el marco de una causalidad expresiva de tipo goldmaniano, puesto que el pensamiento sobre “lo extralingüístico” está inspirado en nociones funcionalistas heredadas de Parsons y lo discursivo en términos puramente lingüísticos.

Echaré mano de una buena voluntad interdisciplinaria que se encargará de establecer las relaciones entre dos universos que no son paralelos, puesto que las prácticas discursivas son elementos fundamentales de una formación social. Sobre ese punto, pienso como M. Tort (1970) que:

[...] no podemos esperar a que la práctica de la confrontación interdisciplinaria produzca una respuesta a esta pregunta. Ésta debe más bien ser tomada con lo que lleva de reconocimiento-desconocimiento imaginario, como un tipo de índice de una nueva insistencia a una pregunta mucho más radical. En efecto, de cierta manera, la problematización concertada del psicoanálisis aplicado radica en la complicidad de un desplazamiento. Consiste en suponer que los problemas empiezan en los márgenes de las disciplinas, en las zonas

² Nota de edición: es posible que aquí Robin se refiera al trabajo de François Lebrun, *Les hommes et la mort en Anjou aux 17^e et 18^e siècles. Essai de démographie et de psychologie historiques*, publicado en París, en 1971.

³ Se encontrará un abordaje del debate abierto por la sociolingüística del discurso en: Maldidier, Normand y Robin (1972) y en Robin (1973).

exóticas disputadas por su colonización y no en el corazón de sus metrópolis teóricas. No se puede invitar al “sociólogo”, al “antropólogo”, al “crítico literario”, más que sobre la base de la seguridad tácita de que lo esencial no será puesto en juego.⁴

Estas observaciones no significan, para mí, que no haya que proceder, en un cierto momento, a análisis específicos, con conceptos específicos, pero dentro del marco de una problemática común y dentro de un sistema articulado de conceptos y no yuxtaponiendo problemáticas diversas, heterogéneas y aun, a veces, implícitas.

Más cercanas a mis preocupaciones, están las observaciones y proposiciones de D. Slakta (1974), cuando trata de reformular las nociones austineanas. Por ejemplo, trata de repensar lo que Austin llama “las convenciones”, refiriéndolas a los aparatos ideológicos del Estado. Precisamente, las coacciones discursivas son las coacciones del aparato hegemónico en el cual las prácticas discursivas se realizan. Desde esta posición, el discurso está pensado como materialidad, ligado a las ideologías y a las clases sociales, ocupando un lugar específico en una formación social. Ya no se trata de poner en paralelo el universo social y el universo del discurso, sino de pensar lo discursivo en el seno de una formación social concreta, con un efecto de la coyuntura específica en las formaciones discursivas. Las prácticas discursivas como dijimos son prácticas sociales, ellas se realizan en marcos institucionales que forman parte de aparatos hegemónicos. Sabemos que para Gramsci (1974):

[...] podemos por el momento determinar dos grandes niveles superestructurales: el nivel de la sociedad civil, es decir, el conjunto de los organismos comúnmente nombrados “organismos privados”, y el nivel de la sociedad política o el Estado. Ellos corresponden a la función de hegemonía que el grupo dominante ejerce en toda la sociedad y a la función de mando o función de dominación directa que se expresa en el Estado y en el gobierno jurídico (p. 436).

⁴ Nota de edición: sin referencia del paginado en el original.

El segundo nivel es a *grosso modo* el del aparato de Estado, en un sentido amplio (no confundir con la esencia del poder del Estado, que puede ser desfasado en relación con la clase que domina en el aparato de estado): administración, ejército, policía, tribunales. El primero concierne a las ideologías orgánicas. Se trata de instituciones, de medios, de organizaciones, mediante las cuales una clase dominante trata de difundir, generalizar, mantener su hegemonía ideológica gracias a la cual se reproducen las relaciones sociales. Es esta noción que Althusser (1970) reformuló bajo el término de Aparatos Ideológicos del Estado (AIE).

Los aparatos hegemónicos son los principales soportes de las prácticas discursivas, pues en ellos se gestan formaciones discursivas variables, en función de la jerarquía de los AIE, de cada formación social considerada. El paso de una formación social a otra puede marcarse por la destrucción de antiguos aparatos y de formaciones discursivas que dependían de aquellos; por el mantenimiento y reacomodo de esos viejos aparatos y la reorganización de formaciones discursivas que en ellos se despliegan; o por la creación de nuevos aparatos y de nuevas discursividades. En términos generales, los aparatos frecuentemente laicos, en las formaciones sociales con evolución lenta, imprimen coacciones discursivas, en particular, coacciones retóricas del discurso. Un especialista de retórica francesa en el siglo XVIII, escribe:

Los discursos de la primera especie del género demostrativo, es decir, aquellos que tienen por objeto alabar, son muy usados entre nosotros. Conocemos a los panegiristas de los santos, las oraciones fúnebres, los elogios que se leen en las academias. La dulzura de nuestras costumbres vuelve muy raras las invectivas públicas, dirigidas más hacia los vicios en general, sin atacar a las personas. Los Mercuriales, que se hacen en el parlamento de París en determinados días, podrían pertenecer a ese tipo de discurso. Pero, a pesar de que ellos nunca admitieron los grandes movimientos de la elocuencia, por no ser más que amonestaciones hechas con gravedad de cara a la justicia por el magistrado que ejercía la autoridad de la censura, se reducen casi siempre a advertencias generales hasta convertirlas en elogios. El acontecer del discurso en el género deliberativo no es común en nuestros usos. Bajo un gobierno monárquico como el nuestro, los asuntos que se trataban en Roma y en Atenas

frente al Senado y en la asamblea del pueblo son reservados a un consejo que preside el rey y en el cual no se admitía más que un pequeño número de ministros. Ahí los grandes ornamentos de la elocuencia serían desplazados. Sin embargo, la bondad y la equidad de nuestros reyes los comprometen a pedir la opinión de sus Cortes sobre los asuntos públicos y entonces las deliberaciones que se hacen en esas grandes compañías se asemejan mucho a las de la antigua Roma. Sólo que ellas son más moderadas por el respeto hacia el soberano (Crevier, *Rhétorique Française*, 1765).

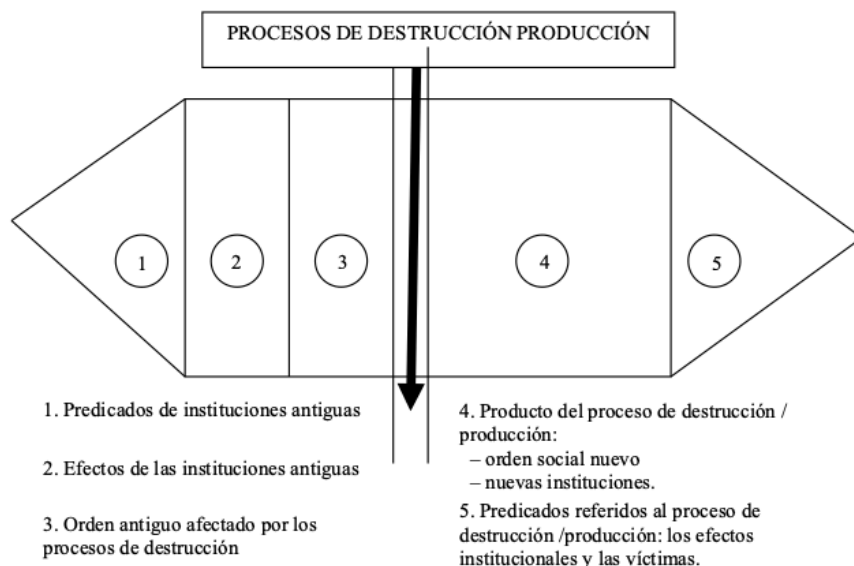
Me disculparán lo largo de la cita, me pareció indispensable para mostrar hasta qué punto los especialistas de la retórica habían intuitivamente establecido el vínculo entre las sociedades, las instituciones y las formas mismas del discurso. Estas formaciones discursivas están gobernadas por formaciones ideológicas vinculadas con clases sociales enfrentadas, en función de una coyuntura precisa. Por coyuntura no hay que entender la puntualidad de un evento sino “el momento actual”, es decir, la unidad de las contradicciones de una formación social en un momento dado, la sobredeterminación del conjunto de las contradicciones a nivel político, puesto que es siempre en el nivel político que el conjunto de las contradicciones de una formación social en un momento dado se anudan y desanudan. Estas formaciones ideológicas son complejos de actitudes y de representaciones referidas de manera inmediata a las diversas posiciones de clases en conflicto en un momento dado. Hablaremos de ideología jacobina, girondina, los *sans culotte* en 1793, por ejemplo; de ideología parlamentaria y fisiocrática en 1776, para tomar otro ejemplo. La inscripción en el discurso de estas formaciones ideológicas debe traducir la coyuntura específica del momento. Y esto a pesar de la complejidad de la coyuntura, que constituye las coacciones retóricas que impactan sobre todo tipo de discurso, por la codificación y el ritual debido a los AIE. C. Haroche, P. Henry y M. Pêcheux (1972) dicen a este propósito:

Avanzaremos, apoyándonos en un gran número de observaciones contenidas en lo que llamamos “los clásicos del marxismo”, diciendo que las formaciones ideológicas así

definidas, implican necesariamente como uno de sus componentes una o varias formaciones discursivas interrelacionadas que determinan lo que puede y debe ser dicho (articulado bajo la forma de una arenga, un sermón, un panfleto, una exposición, un programa, etc.) a partir de una posición dada en una coyuntura específica (p. 102).

Pero ¿cómo se manifiesta el efecto de coyuntura en el discurso en lo que puede y debe ser dicho? Quisiera presentar rápidamente tres ejemplos concretos para plantear una hipótesis y esclarecer lo que propongo llamar el efecto de la coyuntura en el discurso.

En 1776, en Francia, el enfrentamiento es fuerte entre los parlamentarios partidarios del mantenimiento, puro y sencillo, del Antiguo Régimen y los detentadores de la ideología fisiocrática y liberal –a la cual pertenece Turgot–, que quieren suprimir la faena real y las corporaciones para establecer el liberalismo económico por la vía monárquica, instituyendo de tal forma un compromiso social entre la nobleza y la burguesía. Cuando Turgot está en el ministerio, la lucha se desata. Al nivel del discurso, el efecto de la coyuntura se marca inmediatamente por la estrategia discursiva simétrica de los protagonistas: sistemas simétricos de pre-construidos que ponen fuera de debate lo esencial de los valores de unos y otros, juego de concesiones en la argumentación, modalidades, etc. Todavía más, y siempre en el marco de la estrategia discursiva, hay que considerar las elipsis más o menos disimuladas y, al contrario, los énfasis de la argumentación. Junto con Maldidier, representamos la estructura discursiva de Turgot y de los parlamentarios de la siguiente manera (Maldidier y Robin, 1973):



Con relación a los parlamentarios, y en lo que se refiere a los argumentos, la casilla número 2 está vacía (aquella que concierne a los efectos de las instituciones antiguas en el pasado). En efecto, es difícil para los nobles cantar las alabanzas de la faena real, injusta y denigrada por todas las partes, de ahí la elipsis total mientras que, por el contrario, abundan en argumentos sobre lo que concierne a la destrucción del orden antiguo (casilla número 3) por los Edictos de Turgot, con el propósito de señalar que lo que se presenta en los Edictos como una simple reforma técnica es en realidad una verdadera subversión social.

En el discurso de Turgot (o del Ministerio de Justicia) en el momento de la sesión, en oposición a los magistrados, es sobre los efectos en el pasado de las instituciones antiguas (c. 2) que va a recaer lo esencial de la argumentación. Y es el proceso de destrucción del orden social iniciado por los Edictos (c. 3) el que será totalmente borrado. Estas estrategias simétricas, en los puntos decisivos de la argumentación, traducen la lucha de clases y las relaciones de fuerza de la coyuntura de 1776. Para que los Edictos sean registrados, tienen que, según Turgot, ser presentados como simples

reformas, mientras que las instituciones antiguas tienen que ser denunciadas por sus infamias. Para que los Edictos sean rechazados por el Rey, para que Turgot sea despedido del Ministerio, es necesario según los parlamentarios callar, en algunos casos, el carácter injusto de las instituciones antiguas pero que se demuestre que los Edictos, que se pretenden inofensivos, conducirían inevitablemente a la revolución social.

La coyuntura se marca de nuevo en el funcionamiento muy particular de algunas palabras, sintagmas o enunciados, que todos los grupos han de utilizar. Tal como, en lo que atañe a nuestro ejemplo, el de “libertad” y los enunciados contruidos sobre ella. La libertad en el último tercio del siglo XVIII no tiene denotación precisa; de hecho no tiene ningún sentido, pero esto no tiene importancia porque lleva en ella una carga afectiva positiva tal, un funcionamiento significativo tal, que designa una esperanza, un conjunto de valores. La clase dominante, hostil a la libertad del trabajo, tendería a despreciar el término si la relación de fuerzas, la coyuntura precisamente, no la obligara a hacer trampa, a ir sobre el terreno del adversario, a utilizar los enunciados del adversario para defender sus propios valores. De ahí un discurso muy complicado sobre la libertad: la existencia de una buena libertad –aquella que no cambia nada a las estructuras del Antiguo Régimen– y una mala libertad, aquella de Turgot asimilada a la licencia y al abandono de todo valor moral y social. El efecto de coyuntura se marca, entonces, en el discurso por un tipo de funcionamiento en el límite fantasmal de las palabras, sintagmas o enunciados que obligan a la clase dominante en retroceso a utilizarlos cuando son mejorados o a callarlos cuando son unánimemente empeorados.

El estatus de la palabra “feudalidad” en la coyuntura de 1789, en la coyuntura de redacción de los *cahiers de doléances*,⁵ es sobre ese punto extremadamente interesante. La nobleza en esos *cahiers* no usa el término, ni ningún enunciado construido alrededor de ese término. Sin embargo, lo que quiere conservar es, sobre todo, la relación señorial y el conjunto de las instituciones de la feudalidad; pero ese término es tabú. Usarlo en 1789 implica inmediatamente peyorizarlo porque no tiene una significación precisa, de hecho, no tiene sentido, designa a nivel afectivo todo lo que se detesta y todo lo que hay que cambiar, tanto la relación señorial como la monarquía arbitraria, la Iglesia y el alto clero, así como el conjunto de los

⁵ Nota de traducción: cuadernos de quejas.

impuestos como la *célèbre gabelle*,⁶ todo el sistema judicial. En el límite designa, en una gran constelación afectiva, el conjunto de la sociedad del Antiguo Régimen. Entonces, para la nobleza el término es totalmente tabú. Es imposible mejorarlo. Es por eso, una vez más, que ésta irá sobre el terreno del adversario, utilizará su vocabulario y sus enunciados, obligada por la relación de fuerzas en su contra, en defender sus propios valores con un léxico que rechazaría en otros tiempos. Así, en 1789, la nobleza va a defender el sistema feudal a través de enunciados contruidos sobre la palabra “propiedad”, palabra de moda, caballo de batalla de la burguesía. Las dos clases tendrán el enunciado decisivo siguiente en común: “la propiedad es un derecho sagrado”. Pero mientras que para la nobleza la propiedad no es más que el substituto del término censurado “feudalidad”, para la burguesía éste designa la propiedad sin los derechos feudales honoríficos. “...las palabras cambian de sentido según las posiciones adoptadas por aquellos que las emplean” (Haroche, Henry y Pêcheux, 1971, p. 97).

La coyuntura impone de tal forma censuras, tabúes, empleos obligatorios de términos, sintagmas o enunciados, al funcionamiento fantasmal cuyo efecto se pierde cuando la coyuntura se transforma. La palabra “pueblo” funciona de la misma manera en 1793, para todos los grupos favorables a la revolución. Es reveladora de la coyuntura de alianza entre una parte de la burguesía y los pequeños productores. Es el signo, el recuerdo, de la confrontación ideológica, pero al mismo tiempo, todos los grupos están obligados a usarla, a definirla de manera laudatoria. De igual manera tiene un funcionamiento significativo del mismo orden y sería lo mismo probablemente para la palabra “nación” en 1790-1791 o para la palabra “revolucionario” en mayo de 1968.

Esto significa que el efecto de coyuntura en el discurso se marca, por una parte, al nivel de la estrategia de la argumentación y, por otra parte, al nivel de un funcionamiento léxico y semántico que está en relación con el inconsciente. No se trata, usando estos términos, de aventurarse en una gran confrontación global, en lo que concierne al discurso político entre psicoanálisis y marxismo o de contentarse con analogías poco rigurosas. Si utilicé esos términos es porque tengo la convicción, sin poder demostrarlo

⁶ Nota de traducción: impuesto indirecto sobre la sal.

todavía rigurosamente, de que existe una estrecha relación entre el fantasma y la ideología como estructuras del imaginario, como estructuras de desconocimiento-reconocimiento, y que las ideologías no son eficaces, más que por el funcionamiento de los mecanismos del inconsciente. Al usar esos términos quise designar, ante todo, el lugar de un problema, quise terminar con esta idea tenaz de que el discurso poético sería ese lugar de elección del funcionamiento del inconsciente y el discurso político, radicalmente otro, el dominio de la comunicación social clara y denotativa. El discurso político conectado directamente a la coyuntura es más censurado, más restringido, más codificado que los otros, pero el efecto de coyuntura permite levantar la censura y poner en evidencia un cierto número de funcionamientos que tienen que ver con el fantasma. Todas las clases dominantes en retroceso tienen ese fantasma común: el de la inmovilidad, de la ausencia total de tensión, de detener el tiempo, en función de sus intereses. Recordemos la escena del “té en la casa de los locos” en *Alicia en el País de las Maravillas*.

[...] “-Y, desde entonces”, continuó el sombrerero con un tono quejoso, “¡el Tiempo ya no quiso hacer nunca nada de lo que yo le pedía! Sigue siendo la hora del té ahora”.

Una idea brotó en la mente de Alicia:

“- ¿Ésta es la razón por la cual hay un tal desorden aquí?”, preguntó.

“-Sí, eso es”, dijo el sombrerero con un suspiro, “sigue siendo la hora del té, y ya no tenemos tiempo de lavar las tazas...”.

Todas las clases dominantes sueñan con detener el tiempo a la hora del té, pero la coyuntura, la relación de fuerzas, las obligan a funcionar de acuerdo con otros relojes. La astucia de la razón discursiva quiere que ellas camuflen su fantasma de inmovilidad detrás de las palabras, de los sintagmas, de los enunciados que no tienen eficacia ideológica, más que a través de un funcionamiento fantasmal.

* Régine Robin. Historiadora, lingüista, socióloga y novelista, creadora de una prolífera obra, en la que las fronteras entre estas disciplinas se deslizan, tanto como las que separan la ficción, la autobiografía y el ensayo.

En los años setenta, participó de la aventura teórica de la Escuela Francesa de Análisis del Discurso, cuyo signo distintivo fue la búsqueda de comprender lo discursivo realizando una intersección entre la lingüística y la historia, teniendo como base al materialismo histórico, el psicoanálisis y la teoría de las ideologías. Muchos de los intercambios y polémicas que hicieron avanzar esta producción se publicaron en revistas especializadas en lengua francesa como *Langages*, cuya traducción al castellano es todavía incipiente. El artículo aquí publicado es parte de esa serie. Desde entonces, Robin se dedicó con intensidad a temáticas de memoria e identidad, dejando como legado libros indispensables, como *La mémoire saturée*, *Cybermigrances*, *Traversées fugitives* y *Mégapolis*. De sus numerosas publicaciones, son sorprendentemente pocas las traducidas al español. En las últimas décadas, alternó su trabajo académico entre Canadá, Francia y Estados Unidos: fue profesora emérita de la Universidad de Québec y profesora invitada en la Universidad de Harvard, en la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* y en la *New York University*. Entre otras distinciones, en 2001 recibió el *Grand Prix du Livre de Montréal*.

Régine Robin falleció el 3 de febrero de 2021. Sirva esta publicación como un pequeño homenaje en su memoria e impulso a la circulación de su producción de gran alcance heurístico.

Bibliografía

Althusser, L. (1970). *Idéologies et appareils idéologiques d'État : notes pour une recherche*, *La Pensée*, N° 151, pp. 67- 125.

Barthes, R. (1967). *Le discours de l'Histoire*". *Information sur les Sciences Sociales*, 6(4).

Foucault, M. (1971). L'ordre du discours. Paris: Gallimard.

Gramsci, A. (1974). La formation des intellectuels. Oeuvres choisies. Paris: Éditions sociales.

Haroche, C., Henry, P., Pêcheux, M. (1971). La sémantique et la coupure saussurienne: langue, langage, discours. *Langages*, 24, 93- 106.

Kristeva, J. (1969). Le langage, cet inconnu. Paris: Points.

Malidier, D., Normand, C., Robin, R. (1972). Discours et Idéologie: quelques bases pour une recherche, *Langue française*, 15, 116- 142.

Malidier, D. y Robin, R. (1973). Polémique idéologique et affrontement discursif en 1776: les grands édits de Turgot et les remontrances du Parlement de Paris. *Le mouvement social*, 85, 13- 80.

Robin, R. (1973). Histoire et linguistique. Paris: Armand Colin.

Slakta, D. (1974) Esai pour Austin. *Langue française*, 21, 90- 105.

Tort, M. (1970). La psychanalyse dans le matérialisme historique. *Nouvelle revue de psychanalyse*. Paris: Gallimard.